

Negociad hasta que yo venga

Notas de una predicación de 1911 sobre la
parábola de las minas (Lucas 19:11-27)

John Thomas MAWSON

biblicom.org

Índice

1 - Introducción	3
2 - No hay verdadero servicio sin salvación	3
3 - «Pero los ciudadanos le odiaban»	5
4 - «Llamando a diez siervos suyos, les dio diez minas»	5
5 - «Negociad hasta que yo venga»	7
6 - El día del juicio	7
7 - Un siervo que no conocía al Señor	8

1 - Introducción

Un hindú instruido visitó un día a un misionero en la India y le dijo: “Hemos descubierto que ustedes, los cristianos, no son tan buenos como su Libro”. Al leer esta historia, me llamó la atención y me hice la siguiente pregunta: “Si este hindú llegó a esta conclusión después de observar la vida de un misionero dedicado, ¿qué diría si nos viera en nuestros respectivos países?”.

Si tenía la oportunidad de comparar nuestras vidas con el Libro que leemos y que pretendemos apreciar, ¿no se debería poner un doble énfasis en esta terrible acusación? Sin duda.

El Libro habla de un «gozo inefable y glorioso» (1 Pe. 1:8): ¿Qué saben los cristianos de este gozo? Nos asegura que podemos ser más que vencedores por aquel que nos amó; pero ¿es así como vivimos? En el Libro, la vida cristiana se describe como un servicio dedicado, alegre y como un sacrificio voluntario. ¿Es así como vivimos? ¡Ay! Debemos admitir que existe una triste discrepancia entre el Libro y nuestras vidas.

Me atrevo a sugerir que una de las razones, quizás la principal, es que hemos muy poco comprendido que somos siervos de un Señor ausente; los privilegios y responsabilidades de esta posición no han calado en nuestras almas, y por lo tanto vivimos demasiado para nosotros mismos, lo que significa una existencia insípida y estéril para Él.

No nos pertenecemos a nosotros mismos; hemos sido buscados por un amor maravilloso y comprados a un alto precio; hemos sido elevados por la gracia divina de la muerte a la vida y esto, con un propósito elevado, del cual una parte es que podamos vivir para él, nuestro Señor ausente, que murió y resucitó por nosotros; pero hasta que no estemos convencidos de este hecho, nuestras vidas seguirán siendo triviales e ineficaces, no serán tan buenas como nos enseña el Libro.

2 - No hay verdadero servicio sin salvación

Esta responsabilidad de la que hablo nos está revelada en la parábola de las minas, y conviene señalar que fue al oír «estas cosas» (v. 11) cuando el Señor propuso la parábola al pueblo. «Estas cosas» se encuentran en el versículo 10. «*El Hijo del hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido*». Es en esta misión de gracia

que el Señor nos está revelado en el Evangelio según Lucas. Las primeras palabras que se relatan en este Evangelio, salidas de sus benditos labios, son: «¿No sabíais que debo estar en los asuntos de mi Padre?» (Lucas 2:49). Esas cosas consistían en buscar y salvar lo que estaba perdido. Esto se vuelve muy evidente para nosotros a medida que leemos el Evangelio, y descubrimos que la desdicha y el odio de los jefes de los judíos se manifestaban solo por eso. En el capítulo 5, se quejan de que come y bebe con publicanos y pecadores; en el capítulo 7, se burlan de él llamándolo amigo de los publicanos y de los pecadores; en el capítulo 15, murmuran porque «este recibe a pecadores» (v. 2); y en el capítulo 19, vuelven a murmurar porque «¿Ha ido a hospedarse en casa de un hombre pecador!» (19:7). Pero él no prestó atención a las burlas de los fariseos, porque amaba a los perdidos y a los pecadores con un gran amor. Para cumplir su misión con ellos, el Espíritu del Señor estaba sobre él, y sus pies eran muy hermosos sobre las montañas mientras traía buenas nuevas y anunciaba la paz a esas almas abrumadas por la culpabilidad. Pero si vino a buscar y salvar a los que estaban perdidos, también es para enviarlos, una vez encontrados y salvados, a hacer negocios para él durante su ausencia, tal como hizo los negocios de su Padre cuando estuvo aquí.

Es la misión de la vida de cada persona salvada; no puede emprenderse correctamente sin el conocimiento de Cristo como nuestro Salvador. Porque sin ello, estaríamos siempre cautivos, necesitados de ser liberados, y por tanto no libres para servirle. Además, el único motivo de servicio, su amor por nosotros también faltaría si no se le conociera como Salvador. Cuando pensamos en lo que hizo para salvarnos y en la fuerza del amor que le impulsó a hacerlo, nos vemos obligados, por ese mismo amor, a vivir para él.

Consideremos bien esta cuestión: Él vino a buscarnos y a salvarnos; para ello, sí mismo se entregó; sí, sufrió el dolor indecible del Calvario y pasó a la oscuridad de la muerte, para cumplir este designio de amor inmortal. La única respuesta justa que podemos darle por ello es abandonarnos a él como sus siervos para siempre. Él sabía que cuando comprendiéramos correctamente su amor por nosotros, desearíamos hacerlo; que sería un verdadero privilegio para nosotros servirle; hacer negocios para él en su ausencia, y hasta que regrese; y sabiendo esto, nos dio a cada uno de nosotros una «mina».

3 - «Pero los ciudadanos le odiaban»

Pero nuestro servicio está en el mundo que lo odia. No intentemos ocultar o justificar este triste hecho; sus conciudadanos dijeron: «No queremos que este reine sobre nosotros», y esta afirmación nunca ha sido revocada. Debemos afrontar esto para evaluar nuestra posición con respecto al mundo. *El mundo odia a Aquel que nos ama*; y estamos llamados a hacer negocios para Él en medio de este mundo. Si lo odia, y nosotros le somos fieles, también nos odiará a nosotros como sus representantes, haciendo negocios para el Señor, y nos enfrentaremos a la oposición y tendremos que soportar tribulación. El tiempo no nos permite recurrir a los numerosos pasajes de la Verdad inmutable para demostrarlo, por lo que uno solo debe ser suficiente: «Si el mundo os odia, sabed que me odió a mí antes que a vosotros. Si fueseis del mundo, el mundo os amaría como a cosa suya; pero como no sois del mundo, sino que yo os he escogido del mundo, por esto os odia el mundo. Recordad la palabra que os dije: El siervo no es mayor que su señor. Si me han perseguido a mí, también os perseguirán... El que me odia, también odia a mi Padre... Me odiaron sin motivo» (Juan 15:18-25).

Es inútil argumentar que el mundo ha mejorado desde entonces: puede que se haya vuelto más hábil para embellecer la superficie de las cosas y puede que haya adoptado leyes más estrictas para contener mejor las feroces pasiones de los hombres por la paz común, porque el mundo ama a los suyos (vean Juan 15:19); pero sigue siendo el mundo el que ha odiado y rechazado a Cristo; y si no hemos conocido su odio y su desprecio, es porque no le hemos sido fieles.

El mundo ha cubierto a nuestro Señor de vergüenza y desprecio, no ha tenido otra corona para su sagrada frente que una corona de espinas, y en su opinión, merecía la cruz de un malhechor; que nunca seamos culpables de la traición de buscar consuelo y honor donde él fue rechazado y despreciado.

4 - «Llamando a diez siervos suyos, les dio diez minas»

Hasta ahora, 2 cosas están claras: que el Hijo del hombre ha venido a salvarnos para que podamos servirle; y que el lugar de nuestro servicio está en el mundo donde él fue odiado. Ahora es importante ver que también nos ha confiado los medios

para nuestro servicio. Le ha dado a cada uno de sus siervos una mina con la que comerciar. No se trata de talentos como en [Mateo 25](#), donde uno recibió más que el otro, sino de una mina para cada siervo.

Ustedes pueden considerarse muy pequeños y apenas capaces de reclamar el lugar de un siervo, pero se les ha dado una mina, así como a aquellos que parecen grandes y dotados, y tienen la responsabilidad de usarla tan activamente como ellos. Sugiero que la mina representa la forma en que Dios nos está presentado en el Evangelio según Lucas, como glorioso en su gracia. El conocimiento de esto nos es dado; ha brillado en nuestros corazones desde el rostro de Jesucristo. «Porque el Dios que dijo que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que ha resplandecido en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en el rostro de Jesucristo. Pero tenemos este tesoro en vasos de barro, para que la excelencia del poder sea de Dios, y no de nosotros» ([2 Cor. 4:6-7](#)).

¡Qué pieza de oro de inmenso valor! Qué precioso tesoro para llevar con nosotros; ¡el conocimiento de Dios! Cristianos, reflexionen bien. Al levantarse por la mañana, pueden decir: “Conozco a Dios. Me ha sido revelado en la gloria de su gracia, por el Señor Jesucristo. Salgo, llevando este tesoro inestimable en mi corazón, al mundo que no lo conoce, para mostrarlo y ponerlo en circulación para la gloria de Cristo, no para guardarlo oculto en mi propia conciencia, sino para dejarlo brillar, para transmitirlo a los demás, para que puedan enriquecerse como yo lo he hecho, y para que este tesoro pueda crecer en la tierra”.

Podemos decir a los hombres que conocemos a un Dios cuya compasión es ilimitada; que ningún grito de piedad les ha sido ni les será negado mientras dure este día de gracia. Podemos decirles que el corazón de Dios se conmueve ante su angustia y que su misericordia brota para encontrarse con ellos en su miseria. Podemos decirles esto, porque nosotros mismos hemos experimentado su verdad y realidad: somos testigos vivos de la incomparable gracia de nuestro Dios.

Si este pensamiento estuviera constantemente presente en nuestra mente, ¿no añadiría dignidad para Él en nuestras vidas? ¿No nos haría sentir que hay una razón para vivir? ¿No nos haría diligentes en proclamar la palabra de vida y brillar como luminarias en el mundo ([Fil. 2:15-16](#))?

Es nuestro privilegio incomparable, pero también es nuestra responsabilidad; nuestro Señor tiene derecho a mandarnos, y nos ha salvado para que podamos ocuparnos de sus asuntos. No podemos, no debemos ignorarlo. Conocí a un cristiano que decía que no quería aprender muchas verdades, porque la luz aumentaba la respon-

sabilidad, y ya tenía suficiente. Pero no podemos tratar la cuestión de esta manera, porque nuestra responsabilidad permanece, y llegará el día en que nuestro Señor nos pedirá cuentas de lo que hemos ganado traficando con esta mina.

Evidentemente, esta es la actividad principal de nuestra vida. No estamos aquí, en primer lugar, para ser mecánicos, comerciantes o profesionales, para dirigir el hogar o criar a los hijos, y mucho menos para llevar una vida egoísta de comodidad; sino para hacer negocios para nuestro Señor ausente. Nuestras propias vidas le pertenecen, así como la mina que nos ha confiado. Podemos estar en condiciones de colocar la mina al mejor interés al ocuparnos de nuestros asuntos y administrar el hogar, al codearnos con los hombres en los asuntos de esta vida. Pero solo será si, en estas cosas, servimos al Señor Jesucristo. Por otro lado, puede que él quiera que algunos de nosotros llevemos la cruz con nosotros, en un trabajo diligente para él, en las calles y callejones de la ciudad; o en los caminos y setos donde los caídos y perdidos se extravían y pecan y se esconden; o puede querer que otros vayan lejos, a países paganos: En estas cosas, él debe dirigir y mandar, a nosotros nos corresponde obedecer, servir y traficar.

5 - «Negociad hasta que yo venga»

He oído hablar de algunos que decían haberse retirado del ministerio; pero hay un ministerio del que nadie tiene derecho a retirarse, aunque quisiera; porque a cada uno de sus siervos –a ustedes y a mí y a todos los demás– les ha dicho: «Negociad hasta que yo venga». Son palabras solemnes que merecen nuestra atención, sobre todo cuando recordamos cuánto tiempo se ha desperdiciado en el pasado en actividades egoístas, cuánto tiempo se ha perdido; pero también son palabras que deberían actuar como un poderoso tónico para nuestras almas en el futuro, porque nos dicen que nuestro Señor volverá y lo que espera de nosotros mientras tanto. Sí, él regresa; veremos a Aquel a quien, no habiéndolo visto, amamos; ¿y qué significará eso para nosotros?

6 - El día del juicio

Cuando él venga, sus siervos serán llamados a él, aquellos a quienes él les había dado la mina, para que él sepa cuánto ha ganado cada uno haciendo negocios; y

cuando pensamos en este aspecto de su venida, nos invaden pensamientos serios y solemnes, porque debemos sentir cuánto hemos desaprovechado nuestras oportunidades.

Sin embargo, aquí hay un estímulo para nosotros, porque vemos que un siervo había ganado 10 minas comerciando, y ¿por qué no deberíamos ser como él? 10 parece representar en las Escrituras la medida de las exigencias del Señor hacia los hombres (vean los 10 Mandamientos), y podemos concluir que nuestro Señor manifiesta gracia para con nosotros para permitirnos devolverle plenamente lo que nos ha confiado; si hay un fracaso, está de nuestra parte. Pero todo, ya sea mucho o poco, será evaluado correctamente por él, y nada perderá su recompensa de lo que se ha hecho por él.

7 - Un siervo que no conocía al Señor

Pero un siervo escondió su mina en un paño; era una carga para él, algo de lo que tal vez se avergonzaba, porque el Evangelio de Dios es una locura para los ojos de los sabios de la tierra, así que lo ocultó de la vista de los demás y de la suya propia, y si hacía negocios, era con su propia moneda vil y para su propio enriquecimiento.

Era siervo de profesión, y solo de nombre; no conocía al Maestro, su propia confesión lo prueba, aunque se imaginó que lo conocía cuando dijo: «Eres un hombre austero».

¿Es el Señor un hombre severo, un Maestro duro, que cosecha donde nunca sembró y exige donde nunca dio? ¿Quién de nosotros que lo conoce le atribuirá tal carácter? No, tenemos otras cosas que decir de él; hemos experimentado que es exactamente lo contrario. Podemos dar testimonio de que el corazón más tierno del universo late en el pecho de nuestro Señor Jesús. No hemos visto ninguna ceja fruncida en su frente, ni hemos oído palabras duras de sus labios. Nuestro servicio ha sido mediocre e imperfecto, a menudo hemos pensado más en nosotros mismos que en el Maestro a quien servimos. Pero eso no lo ha cambiado; su tierna compasión no ha disminuido, y nuestros propios errores se han convertido en una oportunidad para manifestar una gracia tan constante como gratuita. Conociéndolo como lo conocemos, debemos concluir que el hombre que habló como este siervo no lo conocía. Era un «siervo malvado», que no había apreciado la mina que se le había confiado, ni amado al Maestro que se la había dado.

Hoy en día existen personas así. Haríamos bien en ponernos a prueba. ¿Conocemos al Señor? Si es así, ¿lo amamos? ¿Valoramos la mina que se nos ha confiado? Si es así, ¿hacemos negocio con ella?

Pero el tiempo apremia. Arrojémonos a los pies de Cristo en un total abandono y sin reservas; confesémosle los fracasos del pasado y busquemos la gracia y el poder para llenar el futuro solo para él. Sus dones son siempre mayores que nuestras peticiones; y al recibirlos de él, podemos trabajar para él, y el mundo ya no se verá perturbado por las graves incoherencias que a menudo nos separan de nuestro Libro.